

Sobre el mar brilla el sol resplandeciente,
 Y las olas amansa sonriente.
 Esto, siendo de día es muy frecuente,
 Pero a la medianoche es diferente.
 La luna lo miraba con tristeza,
 Y no podía entrarle en la cabeza
 Que el sol viniera, ya pasado el día,
 A hacerle semejante porquería.
 Era muy húmeda aquella mar serena,
 Y no podía estar más seca ya la arena.
 Ni una nube en el cielo,
 Ni del pájaro el vuelo,
 Puede verse; por la razón sencilla,
 De que no hay allí nube ni avecilla.
 Del brazo de una morsa, placentero,
 Por allí paseaba un carpintero.
 Y de pronto causóles honda pena,
 El contemplar tal cantidad de arena.
 — ¡Qué grande cosa fuera
 — Dijeron —, si esta arena se barriera!
 ¿Crees que siete criados,
 Medio año ocupados,
 Cada uno barriendo escoba en mano,
 No dejarían esto sin un grano? —
 Repuso el carpintero: — Yo lo dudo —,
 Y evitar una lágrima no pudo.
 — ¡Oh, ostras! ¡Venid y demos un paseo! —
 La morsa suplicaba—. ¡Es mi deseo
 Divertiros con mi palabra amena,
 Yendo y viniendo por la blanda arena!
 Pero que vengan cuatro solamente,
 E iremos de la mano alegremente—.
 La ostra vieja miróla con fijeza,
 Moviendo con recelo la cabeza.



Como diciendo: «Esa blanda arena
 ¡Cualquier día abandono!
 Pero cuatro inocentes
 Ansiosas de visitas,
 Se elevaron, las caras
 Las chaquetas bien limpias
 Los zapatos lustrados
 ¡Qué cosas que se ven!
 ¡Una ostra con zapato!
 Es de lo más extraño,
 Y otras cuatro salieron
 Y cuatro más, bailando
 Y otras, y otras, saltando
 Vinieron desde el mar
 Y morsa y carpintero
 Llevando algunas ostras
 Por espacio de una hora
 Y luego en una roca se